



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

VIGILIA de ORACIÓN

Santiago de Compostela

5 de noviembre de 2010

Gracias por vuestra presencia. Estamos viviendo esta experiencia de oración, ejercicio de escucha, de meditación y de contemplación, que ha de reflejarse en nuestra actividad apostólica. Desde que supimos que Su Santidad vendría, le hemos acompañado especialmente con nuestra oración. En esta vigilia rezamos con él, tomando conciencia de lo que somos como miembros de la Iglesia y reconociendo que Dios toma siempre la iniciativa y aporta gratuitamente todo su poder regenerador para la humanidad, y que el hombre ofrece su indigencia junto a su humildad receptiva.

En medio de la noche, la luz de la Palabra de Dios es la que nos guía. ¡Que bien sé yo la fonte que mana y corre aunque es de noche! Escribía san Juan de la Cruz. Aquella noche de pesca había sido larga e infructuosa. El estado de ánimo de los siete en la barca estaba por el suelo. “Sus ojos hundidos por el cansancio de echar y sacar la red con algas, plantas marinas y tal vez peces que había que volver a echar en el mar”. Su actitud manifestaba frustración. Tal vez pensaban: tanto trabajo para nada, hubiera sido mejor quedarse en casa. En el fondo latía una especie de crítica: podían pensar que probablemente este no era el sitio para echar la red, ni la noche adecuada para la pesca. Siempre hay alguien que cuando las cosas no van bien, dice que eso ya lo había dicho él, que ya había avisado. También en el rostro de alguno se podía percibir una actitud resignada. Esa noche las cosas habían ido mal.

Y normalmente a la frustración y a la crítica, acompaña el derrotismo. Aquella experiencia de grupo y de comunidad no había dado los frutos esperados. No faltaría quien pudiera pensar que la culpa era de Pedro que pretendía ser el primero, la roca. ¡Siempre se busca a quien se ha equivocado! Pero estos siete que están en la barca, somos nosotros en la variedad de sus temperamentos: a veces dejándonos vencer por la desesperanza. Estos siete son nuestras comunidades cristianas siempre prontas a echar culpas a los demás cuando las cosas no salen bien, a construir teorías sobre lo que se debería hacer y no se hace, a buscar culpables de aquello que no nos deja satisfechos.

En aquellos momentos hubiera sido necesaria una palabra de esperanza. Todos la hubieran esperado. ¡Se les podía haber ocurrido decir si Jesús hubiera estado con nosotros, hubiera sido otra cosa!, como manifestó Marta en la muerte de su hermano Lázaro. Pero los siete que estaban en la barca, quedan enredados, atrapados, ensimismados. “Al ser de día estaba Jesús en la orilla”. Es la hora como nos dice el evangelista Marcos en que Jesús se levantaba para orar en un



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

lugar solitario. Fue la hora en la que Dios intervino en el mar Rojo para liberar a su pueblo. Es posible que Jesús estuviera allí sin darse a conocer como aconteció con los discípulos de Emaús. Posiblemente hubiera sido mejor que se autopresentase como lo hizo otra vez en el lago: “Ánimo, soy yo no temáis”. Pero había que empezar a aprender a reconocerle con un poco de esfuerzo. Ahora el Señor les hace una pregunta inquietante: “¿Tenéis algo que comer?” Es la pregunta que nos hace a nosotros personalmente, y que nos ha de llevar a discernir si nos conformamos con gestos que dan espectáculo o nuestras celebraciones, predicaciones, catequesis dan el pan de la verdad y de la Palabra que iluminan la mente, alimentan el corazón y robustecen la valentía del testimonio.

Tratemos de comprender el sufrimiento de Pedro que debe gritar desde la barca para responder no a la pregunta de Jesús. Esto se refleja en otros episodios en el Evangelio relacionados con él. Lo hace cuando en el mar atemorizado por la violencia del viento comienza a hundirse: es como si Jesús le preguntara: ¿tienes donde apoyarte? Y él responde no, no puedo más. Pedro es figura de una humanidad que experimenta la propia pobreza, el propio dolor, la propia debilidad. ¡Cuántas palabras llenas de dolor en boca del Papa Benedicto XVI son expresión de su gran sufrimiento porque el mundo no comprende, los hombres no quieren entender, las respuestas justas no salen a flote! “Si a mí me han odiado, también os odiarán a vosotros”. Estamos llamados a participar en este sufrimiento de Pedro, que de otro modo es también el del obispo, del sacerdote, del miembro de Vida consagrada y del laico cristiano, que sintiéndose responsable tiene que responder a veces que no, a la pregunta del Señor.

Ante esta experiencia Cristo resucitado nos dice también a nosotros: “Echad la red al otro lado de la barca”. En la actividad profesional de aquellos hombres de mar bregando sobre las aguas del lago apenas hubo diferencia material entre sus esfuerzos y afanes de la pesca nocturna y las faenas reiteradas por sumisión a la palabra del Maestro al amanecer. Sólo los resultados evidenciaban el cambio de signo en sus trabajos. El hombre, confiándose a sus fuerzas, se empeña en trajinar sin Dios, a espaldas de Cristo y de su Evangelio, engañado por el señuelo del progreso humano, ilusionado por absolutizar la autonomía y la libertad humana e incapacitado mentalmente para reconocer el radical fracaso de esa desnaturalización de la condición humana. La pérdida del sentido de Dios lleva inevitablemente a la pérdida de la misma vocación integral humana.

Jesús con estas palabras: “Echad la red a otro lado” nos dice que: hay algo por hacer y que no debemos quedar atrapados en nuestras lamentaciones; que hay



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

que escuchar su Palabra, trabajar con él, confiar en él, tenerlo como centro de nuestra acción: Sin el Señor edificamos sobre arena, siendo inútiles nuestros esfuerzos. Nos dice que hay que reencontrar el sentido de los gestos sencillos hechos con él para ser testigos creíbles, pescadores de hombres, personas que dicen palabras auténticas. Nuestra propia identidad cristiana y apostólica tendrá siempre su medida exacta en lo que de identificación profunda y amorosa haya en nuestra vida y acción con Cristo viviente en nosotros. Por eso esta noche en unión con el sucesor de Pedro, proclamamos en la orilla del mar de nuestra existencia: ¡es el Señor!, como lo hizo el hermano de Santiago en el aquel amanecer y esto animará nuestra esperanza.

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela